



Bain de lune/ Baño de luna

Yanick Lahens

Traducción: Francisco Aiello

Una semana entera esperando apariciones. Una noche entera escuchando al mar gemir, soplando bajito nombres de espuma: Altagrâce, Eliphète, Philomène. Vivo en un pueblo de toba, de sal y de agua donde los habitantes agobiados por recuerdos desmembrados cargan a sus muertos en bandolera y ya no esperan las metamorfosis del tiempo, las sorpresas del presente. A menudo, para olvidar que en Anse Bleue la vida tiene dos anclas en los pies, vengo al arenal para observar cómo se hacen y se deshacen las olas, respirar por todos los poros e impregnarme de iodo y de algas marinas, de esas fragancias amargas del mar que dan al alma esa extraña mordida.

Hay una vieja historia entre el pueblo, mi familia y el agua. Una historia de comienzo del mundo. Apenas después de la separación del cielo y de la tierra. Los Mésidor, en el otro extremo de las tierras, juraron desde siempre que se vengarían hasta el último descendiente de los Lafleur. Philomène Lafleur, mi madre, pasó lo mejor de sus días secando pescado, sacando agua de la única fuente del pueblo, lavando y tendiendo la ropa gastada con tufo de salmuera que nos cubre el cuerpo. Durante sus noches se abrió dócilmente a la simiente de mi padre, Dieudonné Lorival. Simiente que desparramó a una decena de negras en los pueblos tierras adentro. Philomène Lafleur tuvo, al menos, cuatro niños y tres niñas. Nadie puede afirmar con precisión el número, la calidad y el color de los frutos expulsados por otros vientres. Temprano por la mañana, una vez bebido su café, mi madre apoyaba los pies a lo largo del encaje negro de algas, emitía una queja medio atragantada y se sentaba con las piernas abiertas como una vaca llena y a la espera. Un día, nunca sabremos cómo ni por qué, mi madre se fue para no volver. Algunos juraron que, de lo alto de la meseta, vieron una larga silueta de mujer saliendo del cabrilleo de las olas. Y mi madre habría caminado tranquilamente sobre las aguas furiosas para seguirla. Los Mésidor, que respiran contra sus muertos, afirmaron que uno de ellos, en camino submarino hacia la lejana Guinea, la arrastró en esa mortaja de agua.

Desde entonces me he prometido mantener los ojos abiertos. Para sorprender lo que esconde el mar bajo su vestido de sal y de agua, sus misterios de espuma y los sueños húmedos y violetas de Philomène Lafleur. Y escrutando el cielo, interrogando al océano, el alma torturada por su extrañeza, aprendí a amar las extravagancias, las turbulencias y la belleza del mundo.

Soy la hija menor de Philomène Lafleur y de Dieudonné Lorival. Esa que la gente se acostumbró a no ver. Llegada demasiado tarde. En un vientre ya arrugado y prometido a una esterilidad certera. En este olvido me hice una vida salvaje y arisca, confiando toda mi locura al mar. Muy pronto comenzó ese gusto por el agua junto a mi hermana Altagrâce y mi hermano Eliphète. Poco importan los dedos entumecidos y los dientes que castañean, necesitamos esas imágenes de destellos y espejos del mar. A menudo nos tendemos sobre la arena, el mar nos lame los pies y nos reímos con resplandor en los ojos y grandes pájaros

posados sobre las manos. Por la noche nos dormimos con el rostro, el cuerpo y los brazos escarchados de sal.

Un día Alagrâce, mi hermana mayor, dejó de divertirse conmigo en la orilla del mar. Muy ocupada en capturar el secreto del cuchicheo de las mujeres, a sorprender la empecinada sed de los varones. Ellos se dedicaron a soñar con otros juegos desde que uno de ellos rozó la punta de los senos de Alagrâce bajo su vestido mojado. Se dice que Altimé Mésidor pasó seis meses deseándola en sueños. Murmurándole bajito y en la oscuridad palabras miel y granadina, palabras que despiertan un hormigueo bajo la piel y olvidan hasta el nombre del padre y de la madre. Altimé Mésidor le pidió a una mañana a Alagrâce que lo esperara en cala du Diable, lejos de las miradas incisivas como garras, lejos del ensenado de los pescadores Anse des Pêcheurs. Pero no se sabe cómo el rumor, brida floja, alcanzó a galope la tierra de los Mésidor, al otro lado del pueblo, pasando de boca en boca, de oreja en oreja. Altimé le prometió a Alagrâce tres corales dorados, dos peces voladores y un alga rosa. Nadó muy lejos, tan lejos que su cuerpo fue rescatado del agua dos días después.

A partir de ese hecho, del lado de los Mésidor se dijo en voz baja que los bebés morían por razones misteriosas, que durante la noche el ruido de pasos sobre las chapas estropeadas se volvía insoportable. Los niños se enseñaron unos a otros todos los salmos para alejar la desdicha, las madres ubicaron infaliblemente imágenes piadosas bajo los camastros, maíz tostado en el umbral de las puertas y repetían tres *vade retro satanas* en el cruce de caminos. Cerraron las casitas más temprano y pusieron pedazos de tela en los intersticios de las puertas y de las ventanas por temor a los malos aires. Todo un pueblo reteniendo el aliento en una campaña murmuradora de sombra o bañada de luna. Cuando el Padre Jean, que viene cada quince días, pidió a quienes no tuvieran nada que reprocharse que tiraran la primera piedra a Alagrâce, los hermanos de Altimé la lapidaron una hora más tarde detrás de la iglesia. El padre Jean desapareció por seis largos meses y la cordura de Dieudonné se desplomó y siguió en silencio a Alagrâce hacia el vientre polvoriento de la tierra.

De tanto ocuparme del mar terminé por no prestarle atención. Tengo ganas de gritar con la jauría de pájaros que rayan el cielo. De entregarles un mensaje para la otra mitad del mundo. La que no conozco, detrás de la línea del mar y hacia donde partió Eliphète, mi hermano, para no regresar. Entrecierro los ojos para ver alta mar, allá a lo lejos. Su espesor salvaje. Su vientre de agua lleno de toda clase de animales vivos y muertos, de viejas carcasas a la deriva, de arenas movedizas y finas, de algas de todos los colores, de corales extraños. Eliphète mandó una grabación hace ya seis meses. Nos la trajo el Padre Jean y nos dejó escucharla. La voz de Eliphète estaba colmada de lo desconocido. Eliphète partió sin despedirse en serio. Con otros cinco pescadores. El Padre Jean, que sabe todo, piensa que llegaron a Gonaïves antes de embarcarse al gran lago, Nassau, Miami, Islas Turcas y Caicos. Eliphète ya no quería saber nada con nosotros, con estas mujeres y estos hombres demasiado ocupados en la única inquietud de no morir.

Los pescadores me advirtieron que esa noche se levantaría viento. No insistieron demasiado. Desde la muerte de mi madre, la de Alagrâce y la partida de Eliphète, la familia de Dieudonné ya no es la que era.

Muy pronto los relámpagos laceraron el cielo como una vieja calabaza. Fingí que escuchaba sus consejos. Que regresaba. En realidad, me escondí detrás de los mezquites en

lo alto de la loma. Luego, una vez que hubieron guardado sus redes, amarrado sus barcos con fuerza y tomado el camino hacia sus cabañas, volví a la orilla.

Era una de esas noches en las que la luna encanta y enloquece. El viento se levantó con un gran estrépito que me sacudió las sienes. De repente me asaltó una alegría desnuda. Todavía guardo el recuerdo de una suerte de embriaguez adueñándose de mí. Era libre en el mar, mi corazón entregado al gran corazón salvaje, atravesado por los mismos violentos remolinos.

Pero entonces dejé de hacer pie. Bebí el agua hasta perder el aliento. Y de repente la oscuridad líquida. Cada vez más fría. En esa noche de viento y de agua, alguien debió tomarme por la espalda y me mantuvo con la cabeza bajo el agua antes de meterse en los arbustos y los mezquites de lo alto de la loma.